

Un enorme vacío

Martín Palomino Fernández



Capítulo 1

Prólogo

Los canales de Venecia solo tienen cisnes y peces. Barajas es un cementerio de aviones. El Big Ben da la hora para las aves que transitan a su alrededor. Los humanos hemos desaparecido. Estamos confinados en nuestras casas mirando el mundo a través de las ventanas como quien ve una película en la que no puede intervenir. Solo sanitarios, policías, reponedores, ejército y políticos tienen permiso para salir de sus casas. Algunos para salvar vidas, otros para tomar medidas que solo creen problemas a los primeros. Lo que hace cada uno os lo dejo a vuestra interpretación. Ha bajado la contaminación pero ha subido la prima de riesgo. Se desploma el Ibex y aumentan los fallecidos. Es una lucha entre la economía y la supervivencia. Siempre que veía películas apocalípticas me reía de los protagonistas. ¿Cómo pueden hacer esto?, ¿cómo pueden hacer aquello? Hasta que me vi peleando con un señor en un supermercado por un pack de rollos de papel higiénico y unas galletas de mermelada. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que en momentos extremos todos somos animales carentes de razonamiento. La única diferencia con el resto es que nosotros podemos perder esa capacidad de raciocinio; el resto de especies no puede perder algo que nunca ha tenido. Desaparece lo único que te define como humano e incluso celebras llevarte ese pack de papel higiénico y las galletas de mermelada, otro bien de primera necesidad.

El mundo se ha convertido en una enorme playa vacía. Un virus ha aparecido para obligarnos a replegar filas, para empujarnos hacia una pared como el matón del instituto cuando quería saber porque habías hablado con su novia en el cambio de hora.

1.

Si quieres hacer reír a Dios,

háblale de tus planes.

Woody Allen

No me gustaba ir en chándal por la calle. Me parecía que había que salir de casa con ropa menos cómoda. Una ropa que te recordara que no podías hacer lo que quisieras, que la calle era de todos. Cuando ibas en chándal a uno le daban ganas de poner música con un altavoz y sentarte en el transporte público con las piernas muy abiertas.

Mi indumentaria se debía a que la lavadora no me funcionaba y viviendo como vivía en Madrid, había rechazado la opción de bajar al Manzanares a

lavar la ropa frotando en una piedra. Había llamado al técnico y me dijo que iría al día siguiente, que tenía un montón de electrodomésticos en lista de espera.

Era martes de finales de febrero y no hacía demasiado frío, salvo alguna que otra racha de viento que te atravesaba cuando pasabas por un cruce de calles. Había mucha gente, aunque por la zona en la que estaba era lo lógico. Para que Gran Vía y Callao estuvieran vacías habría que soltar una bomba o hacer que un virus asolara la tierra y aún quedaría alguien que preguntara si quedaban entradas para ver el musical del Rey León. Había quedado con Idaira, una canaria que había conocido hacía un par de meses de pura casualidad. Era simpática e inconscientemente intentaba ser más gracioso con ella de lo que realmente era, algo que solo me pasaba con las chicas que me atraían. Teníamos organizado un viaje a Salamanca. Allí quizá me lanzara. Hoy habíamos quedado para alquilar un piso allí para el viernes y el sábado y para coger algún tour de esos que tú pagabas “la voluntad” a un chaval de tu edad que te miraba con ojos de gato que había roto un jarrón para que le dieras algún euro más del que le habías dado. También tenía que saludar a mi abuela que vivía allí. Cuando me viera con Idaira se haría ilusiones de que por fin me había echado novia. No la culpaba; viaje a una casa en otra ciudad, dos personas heterosexuales de una edad similar y sin vínculos familiares... blanco y en botella; relación.

En mis auriculares escuchaba un programa sobre comedia. Explicaban el mecanismo de los chistes, era como ver la trastienda de un mago. A mí me gustaba mucho ver monólogos y desde que escuchaba aquel programa, había pasado de disfrutarlos a analizarlos. Cuanto más sabes de un arte, menos te entretiene. Pierde su magia.

Iba perdido en mis pensamientos sobre teoría de la comedia cuando vi a Idaira apoyada en una farola. Tenía muy mala cara. Le di dos besos y la miré fijamente.

-Ya sé que no tengo buena cara. Creo que me ha sentado mal la comida—dijo, para acto seguido toser.

-Ponte la mano, amiga, a ver si vas a tener el virus chino ese—respondí medio en broma pero llevándome la mano a la nariz y manteniendo una distancia prudencial.

-El virus no es chino. Ha empezado allí, pero no tienes que estigmatizar a una población entera—hasta estando enferma era políticamente correcta—Tengo mucho calor, ¿tú no? Y me falta el aire—. Le toqué la frente. Estaba ardiendo.

-En otro momento te habría dicho que ese calor es algo que provoco en

muchas mujeres, pero lo de la tos y la palidez me cuadra menos—le dije.

-Eso también lo provocas en muchas mujeres. Bueno, con una cervecita seguro que se me pasa—. En España estaba muy extendida la creencia de que una cerveza tenía el mismo efecto que un paracetamol.

Mientras íbamos andando, Idaira iba extrañamente callada. Creo que antes de esa tarde, el mayor tiempo que la había visto en silencio fue cuando me dijo que aguantaba más de un minuto sin respirar y que por mucho que me fijara no notaría la diferencia. A veces se ponía pruebas de ese tipo. Era muy competitiva

-Creo que me voy a desmayar—fue lo último que dijo antes de caer redonda al suelo.

Todo lo que pasó después fue muy rápido. Llamé a una ambulancia, les dije los síntomas, la ambulancia llegó pasados unos cuatro minutos, salieron dos enfermeros con trajes parecidos a los que había visto en una serie sobre Chernobyl y la metieron dentro. A mí me montaron en otra ambulancia, que era de soporte según me dijeron. Si había estado en contacto directo con ella, tenían que hacerme unas pruebas antes de poder volver a mi casa.

A nadie le gustan los hospitales, y alguien que había pasado gran parte de su infancia allí como era yo, sentía un repelús particular. De pequeño tenía la teoría de que los médicos te enfermaban un poco más cuando estabas allí para que no se les acabara el trabajo. Que mi padre los llamara “matasanos” y dijera por activa y por pasiva que él no iba allí porque si estaba bien, ellos se encargarían de encontrarle algo, no ayudaba a desmontar mi teoría. Con el tiempo me había dado cuenta de que mi padre no siempre tenía razón, aunque en aquel entonces para mí era como un faraón para los egipcios. Alguien designado por los dioses para enseñarme el camino.

Me hicieron una prueba para determinar si yo estaba infectado, pues suponían que lo de Idaira no era la gripe clásica, si no que era el virus chino, del que ya había varios casos en Madrid y en otras provincias de la península. Me llevaron a una planta que habían habilitado para los casos de posible infección del virus. Yo me encontraba perfectamente, salvo por los achaques propios de un veinteañero. Me habían puesto mascarilla y guantes, y me habían metido en una habitación esterilizada. Pude ver otras tres habitaciones y alguna silueta, por lo que supuse que no era el único en la planta. Pregunté por Idaira. Me dijeron que no me preocupara. Después de hacerme la prueba con PCR (la habían llamado así) me dijeron que tendría que esperar un día para saber si estaba infectado o no.

Hablé con mis padres y amigos y les dije que no se preocuparan, hice un directo en mis redes sociales que se viralizó (lo propio hablando de un

virus) porque la gente estaba ávida de noticias sobre la epidemia que había hecho cerrar media Asia. Me llevaron la cena y un pijama, además de un par de calzoncillos de papel que me dejaron en la puerta para no entrar en contacto conmigo y me quedé profundamente dormido. Al día siguiente me levanté con rozaduras provocadas por esos calzoncillos de posguerra.

Durante la mañana miré por la ventana y escuché música. Me dijeron que a Idaira la habían conectado a un respirador porque se le habían inflamado los pulmones, pero que su vida no corría peligro. Fue entonces cuando me asusté. Habían muerto pocas personas por el virus, y con edades que podía ser por el virus o por tropezarse con un bordillo, pero si Idaira estaba necesitando que una máquina hiciera las funciones de sus pulmones es porque era más grave de lo que nos estaban diciendo. Los médicos a media mañana me dijeron que el test había dado un negativo no concluyente y que me tendría que quedar un par de días más para hacerme la prueba de nuevo. Un negativo no concluyente me sonaba a un suspenso en una asignatura en la que podías rascar unas décimas si ibas a la revisión del examen.

La planta se fue llenando progresivamente, aunque hubo alguna persona que salió de allí, con una sonrisa en la cara. Una sonrisa que intuí porque llevaban mascarilla puesta.

Esas noches se hicieron muy largas; pensé en el técnico de la lavadora, en mi tía que trabajaba en una UVI, en mis padres y en mi abuela. Pensé mucho. Pensé en mi abuelo también, que murió hacía un par de años de insuficiencia respiratoria y que si hubiera muerto por esto, mucha gente habría dicho en las redes sociales que ya le tocaba. Hasta yo lo habría pensado. Lloré. Busqué el mecanismo del chiste de lo que estaba viviendo, pero por muchos podcast de comedia que escuchara, no le encontré la gracia. Agradecí llevar chándal porque era más cómodo que el pijama durante el día.